

Reseña

Service, R. (2015): *The End of the Cold War, 1985-1991*, Londres, Macmillan. 688 págs.

El sorprendente final de la Guerra Fría a comienzos de los 90 suscitó una cascada de publicaciones en las que se intentaba explicar la rápida sucesión de acontecimientos que culminó en la desintegración del Pacto de Varsovia y de la propia URSS. Sin embargo, muchas de ellas adolecían de ciertos problemas, especialmente el de adoptar en general un estilo más próximo a la crónica periodística que al estudio histórico o político. Posteriormente, fueron apareciendo otras obras que trataron de ofrecer una explicación más analítica de la fase histórica que se inicia con el ascenso de Mikhail Gorbachov a la Secretaría General del PCUS y que culminó con la desaparición del Estado alumbrado por Lenin tras la Revolución de Octubre.

Estos trabajos han abordado el tema desde distintos puntos de vista. La escuela realista ha puesto el acento en la idea del declive relativo del poder de la URSS con respecto a Estados Unidos, agravado por los intentos de Breznev y su equipo dirigente de mantener un mundo bipolar, lo que se reflejaría en la idea de paridad militar con Occidente y en la voluntad de proyectar su influencia política en distintos escenarios mundiales. Estos ambiciosos objetivos, combinados con una débil economía, habrían generado una clásica situación de sobre-extensión imperial (*imperial overstretch*), de acuerdo con la cual una potencia puede afrontar una situación en la que sus pretensiones han ido más allá de sus medios, provocando que buena parte de los mismos se dirija a sostener los abundantes compromisos existentes, debilitando su propia economía y poniendo en riesgo su supervivencia. En tales situaciones, la reacción habitual suele ser la de concentrarse en la defensa de los intereses más vitales y replegarse de aquellas áreas menos relevantes. En este sentido, Gorbachov habría llevado a cabo una labor de redimensionamiento de sus compromisos y de reducción de la carrera armamentista con la pretensión de liberar recursos que pudieran complementar sus reformas económicas (Lundestad, 2000). Dentro de esta línea, hay autores que atribuyen la evolución de los acontecimientos a distintos factores, tales como la propia crisis económica soviética, las excesivas ambiciones de sus líderes, la voluntad del Presidente Reagan de provocar una escalada en la carrera de armamentos o el deseo de éste de llevar a cabo una política destinada a hacer retroceder la influencia soviética en el mundo (Schweizer, 1994).

Más allá de la esfera realista, otros trabajos prestaron especial atención a aspectos como la cuestión de las nacionalidades, las divisiones internas entre los dirigentes soviéticos o los cambios ideológicos experimentados por éstos, lo que habría alterado

su percepción de las amenazas existentes para su país (considerando que éstas ya no vendrían principalmente de Occidente, sino de la debilidad económica), pasando a redefinir sus objetivos políticos (Lebow y Risse-Kappen, 1995).

Robert Service se encuentra entre los más afamados expertos occidentales en la antigua Unión Soviética, destacando entre sus publicaciones varias excelentes biografías de los líderes que protagonizaron la Revolución de Octubre, tales como Lenin, Stalin o Trotsky. Sin embargo, en esta obra su foco de atención se dirige al terreno de las relaciones internacionales y a su interrelación con la política interior, tratando de explicar cómo fue posible el poner punto final a la división de Europa y del mundo en dos bloques antagónicos, los cuales en algunos momentos estuvieron cerca de una conflagración generalizada. Para ello, el autor se ha centrado en el análisis del comportamiento de las dos superpotencias, especialmente en el de quienes considera los protagonistas centrales de esta etapa, es decir, el Presidente Reagan, su Secretario de Estado George Schultz, el dirigente soviético Mikhail Gorbachov y su ministro de Exteriores Eduard Schevardnadze. Con la sustitución de Reagan en la Casa Blanca, el protagonismo norteamericano recayó en George Bush y en su Secretario de Estado James Baker, pero Service sitúa a ambos más como culminadores de la tarea de Reagan que como brillantes estrategias capaces de generar una transformación de las relaciones internacionales.

La explicación aportada al final de la Guerra Fría se sitúa claramente en el campo realista, destacando la percepción de crisis y decadencia del modelo soviético existente entre los líderes de ese país ya desde finales de los 70, lo que impulsó un movimiento reformista dentro del PCUS. A ello habría que añadir la sangría ocasionada por la guerra de Afganistán, un conflicto de desgaste al que los dirigentes deseaban poner fin, pero sin encontrar la fórmula que permitiera evitar que el país cayera en manos de los fundamentalistas islámicos. La situación se vio complicada con el ascenso al poder en Washington de Ronald Reagan, un líder que según el autor habría roto con la tradicional política norteamericana de contención hacia la URSS, promoviendo en su lugar un debilitamiento de la influencia soviética en aquellas zonas del mundo que se encontraban bajo su control, tanto en Europa Oriental como en el Tercer Mundo. El reflejo de esta actitud más decidida se habría plasmado en el capítulo armamentista. Reagan impulsó un proceso de rápida modernización militar de su país, destacando su Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE), la cual pretendía crear en el espacio un escudo anti-misiles que protegiera a Estados Unidos frente a un ataque nuclear soviético. Esto generó en el Kremlin el temor a que la IDE pretendiera acabar con su capacidad de segundo ataque, lo que debilitaría su capacidad de disuasión. Por otra parte, la política norteamericana buscaba la marginación de la URSS en la esfera internacional, de manera que trató de eludir los compromisos en la gestión conjunta de las crisis que estallaran en los distintos escenarios mundiales. Por el contrario, buscó en ellos la derrota de aquellos actores que eran considerados como aliados de Moscú.

La respuesta soviética consistió en tratar de replicar los programas armamentísticos norteamericanos, además de incrementar la ayuda a sus aliados, dos medidas que no hicieron sino generar mayores dificultades para cuadrar el déficit público de la URSS, llevando al país a una situación crítica. Ese contexto tan negativo habría permitido

que el Politburó del PCUS optara por una reforma más radical, personificada en el ascenso al liderazgo de Mikhail Gorbachov. Precisamente, la desesperada situación habría conducido a que entre los dirigentes soviéticos se articulara un proyecto de liberalización económica y política a nivel interior, acompañado de un intento de rebajar la tensión en el plano internacional a través de ofertas de desarme y de diálogo sobre los conflictos existentes. La idea de avanzar en el desarme nuclear fue bien acogida por Reagan, quien deseaba reducir la amenaza que ese tipo de armamento planteaba hacia Estados Unidos. De ahí su predisposición al acercamiento a Moscú, siempre y cuando el mismo no se realizara a costa de la IDE. En otras palabras, Washington negoció desde una postura de fuerza, lo que se observa en que los acuerdos alcanzados entre ambas superpotencias (tanto en la presidencia de Reagan como en la de Bush) reflejaran mucho más las inquietudes norteamericanas que las soviéticas. De hecho, la incapacidad de los dirigentes soviéticos para solventar la crisis económica de su país habría conducido a una crisis política y a una progresiva descomposición de la autoridad del Estado. En ese contexto, la debilidad de Gorbachov en la esfera internacional sería más profunda, lo que le habría forzado a aceptar hechos como la unificación alemana dentro de la OTAN o la intervención estadounidense contra Sadam Hussein en 1991, logrando a cambio únicamente algunas contraprestaciones económicas que no serían en absoluto suficientes para revertir la crisis interna que acabaría por destruir la propia URSS. Robert Service narra estos acontecimientos beneficiándose del uso de un amplísimo abanico de fuentes tanto del lado norteamericano como del soviético (destacando sobre todo el testimonio del ex-Secretario de Estado Schultz). En este sentido, el relato resulta enormemente enriquecedor a la hora de dar cuenta de las discusiones entre los dirigentes de ambos países para articular una política exterior coherente, la cual además debía resultar compatible con los objetivos de política interior en ambos países.

Sin embargo, otros aspectos del libro resultan menos brillantes. El papel de los aliados de Europa Occidental queda bastante desatendido, lo que no se comprende bien para el caso de la RFA, ya que el protagonismo de Bonn en la etapa final de la Guerra Fría fue de gran relevancia dada la centralidad de la cuestión alemana en la división de Europa y el fuerte activismo que el gobierno Kohl llevó a cabo para superarla. Por otra parte, las fuentes empleadas en el análisis de las acciones de los europeos no poseen la misma calidad que las referentes a la URSS y a Estados Unidos¹. Algunas afirmaciones con respecto a Francia resultan demasiado simplistas, como considerar que el general De Gaulle “*no apreciaba un interés nacional en defender Alemania Occidental de un ataque de Alemania Oriental*” (pag. 86), pasando por alto la fuerte solidaridad del Presidente francés con Adenauer durante la crisis de Berlín.

Pero quizás la mayor debilidad del libro estriba en la escasa capacidad explicativa del mismo con respecto a algunos aspectos clave del período. Así, los orígenes del Nuevo Pensamiento de Gorbachov y sus seguidores no han sido tratados en profundidad, un factor que podría hacernos comprender mejor sus reticencias a la hora de emplear

¹ Así, la principal fuente para la posición francesa es la obra del consejero de Mitterrand Jacques Attali, la cual hoy es generalmente considerada como un recurso poco fiable.

la violencia frente a algunas amenazas. También podría ser útil para entender sus esperanzas en que una mejora de relaciones con Occidente serviría para modernizar su país. Esta desatención a la vertiente ideológica hace que no se comprendan algunas de sus decisiones, como la de consentir la unidad alemana dentro de la OTAN al tiempo que rechazaba las ofertas económicas japonesas a cambio de algunas de las Islas Kuriles. Por último, tampoco aporta una respuesta convincente al desinterés de Gorbachov por conservar vínculos con los países de Europa Oriental, negociando una salida ordenada del Pacto de Varsovia.

Por otra parte, su visión sobre la etapa final de la Guerra Fría quizá resulte excesivamente complaciente. Es cierto que los protagonistas de esa etapa histórica tanto en Washington como en Moscú realizaron una gran contribución a la paz mundial al ser capaces de desmontar de manera ordenada el sistema de la Guerra Fría y dar lugar a una nueva fase de entendimiento en Europa que permitió un gran avance democratizador. Pero tampoco podemos olvidar que durante ese acercamiento entre las superpotencias, muchas zonas del Tercer Mundo siguieron sufriendo las consecuencias de la rivalidad entre ambas, la cual tendía a agravar los conflictos allí existentes.

En cualquier caso, nos encontramos ante una obra que resulta imprescindible para aproximarnos a una etapa de la Historia cuyas consecuencias siguen estando muy presentes en la realidad actual.

Javier Lion Bustillo
Universidad Complutense de Madrid
flion@ucm.es

Bibliografía

- Lebow, R. N. y T. Risse-Kappen (1995) (eds.): *International Relations Theory and the End of the Cold War*, Nueva York, Columbia University Press.
- Lundestad, Geir (2000): “‘Imperial Overstretch’, Mikhail Gorbachev and the End of the Cold War”, *Cold War History*, 1 (1), pp. 1-20.
- Schweitzer, P. (1994): *Victory: The Reagan’s Administration Secret Strategy that Hastened the Collapse of the Soviet Union*, Nueva York, Atlantic Monthly Press.